

y la sala del festin ofrecia á la vez un aspecto siniestro y grotesco.

La doncella, que fué quien primero se despertó á la influencia del beso matinal, se levantó, sacudió sus sayas como un pájaro sus plumas, se pasó la palma de las manos por sus cabellos para devolverles algun lustre, y al ver al baron de Sigognac sentado en su sillón, luciente la mirada como la de un basilisco, se dirigió á él, y le saludó con una elegante reverencia cómica.

—Deploro,—dijo Sigognac devolviendo el saludo á la doncella,—que el estado ruinoso de esta morada, más apropósito para alojar fantasmas que séres vivientes, no me haya permitido recibiros de una manera más conveniente; yo hubiera querido haceros descansar entre telas de Holanda, bajo cortinajes de damasco de las Indias, en vez de dejaros morir de frio en un asiento carcomido.

—Nada deploreis, señor,—contestó la doncella;—sin vos hubiésemos pasado la noche en una carreta atascada en el fango, tiritando bajo los golpes de pesada lluvia, y el dia nos hubiera sorprendido en el más lastimero estado. Además, esta morada que vos desdeñais es magnífica comparada con las granjas abiertas á los cuatro vientos, donde á menudo nos vemos obligados, en nuestra errante vida de cómicos, á dormir sobre un haz de paja, tiranos y víctimas, príncipes y princesas, Leandros y doncellas.

Mientras el Barón y Zerbina cambiaban estos cumplidos, el Pedante rodó por los suelos con estrépito de madera rota. Su sillón, cansado de sustentarle, se habia resquebrajado, y el voluminoso individuo, estirado patas arriba, perneaba como tortuga vuelta al revés, lanzando cloqueos inarticulados. En su caída nuestro hombre se habia agarrado maquinalmente á la orilla de los manteles determinando una cascada de vajilla cuyas olas rebotaban encima de su cuerpo.

Al estrépito despertóse sobresaltada toda la compañía.

El Tirano, despues de desperezarse y restregarse los ojos,

tendió una mano caritativa al viejo cómico y le ayudó á levantarse.

—No hay miedo que semejante descalabro suceda al Matamoros, quien caeria en una telaraña sin romperla,—dijo el Herodes con una especie de gruñido cavernoso que le servia de risa.

—Es cierto,—replicó el actor interpelado desplegando sus largos miembros articulados como las patas de una araña;—no todos tienen la ventaja de ser un Polifemo, un Caco, una montaña de carne y hueso cual eres tú, ni un pellejo de vino, un tonel con dos piés como Blazius.

El ruido habia hecho aparecer al umbral de la puerta á Isabel, á Serafina y á la dueña.

Las dos jóvenes, aunque algo fatigadas y pálidas, estaban encantadoras aun á la luz del dia; y si bien parecian á Sigognac las más hermosas del mundo, un observador meticoloso hubiera podido encontrar algo que tachar á su elegancia un tanto ajada; pero ¿qué significan algunas cintas marchitadas, algunos rasgones en el traje, algunas miserias é incongruencias de compostura cuando las que los llevan son jóvenes y bellas? Por otra parte, los ojos del Barón, acostumbrados á ver cosas viejas, empolvadas, pasadas de tono y destrozadas, no eran capaces de reparar en semejantes bagatelas. Serafina é Isabel le parecian soberbiamente engalanadas, en medio de su siniestro castillo, donde todo se caia de vetustez, y los graciosos semblantes de las comediantas le producian la sensacion de un sueño.

Respecto á la dueña, gozaba esta, gracias á sus años, del privilegio de una inmutable fealdad; nada podia alterar su fisonomía de boj esculpido, en la que brillaban un par de ojos de mochuelo. El sol ó las bujías le eran indiferentes.

En aquel momento, Pedro entró para poner el comedor en orden, echar leña en la chimenea en cuyo suelo blanqueaban algunos tizones consumidos, y hacer desaparecer los restos del festin, tan repugnantes luego de satisfecho el hambre.

La llama que brilló en el hogar, lamiendo las armas de Sigognac esculpidas en una plancha de hierro batido poco acostumbrada á tales caricias, reunió á su alrededor toda la compañía, á la que aquella iluminaba con vivos resplandores. Un fuego claro y flameante es siempre agradable despues de una noche sino del todo casi toledana; así es que el malestar que se veia impreso en los rostros de los cómicos se desvaneció completamente gracias á tan benéfica influencia.

Isabel tendia hácia la chimenea las palmas de sus diminutas manos, teñidas de rosados reflejos, cuya encarnada transparencia suavizaba la palidez de su semblante. Serafina, más alta y más robusta, estaba de pié detrás de su amiga, como una hermana mayor que, ménos fatigada, deja sentar á su hermana menor.

Matamoros, encaramado sobre sus piernas de cernícalo, dormia medio despierto como pájaro acuático á orillas de una laguna, con el pico descansado sobre el buche, y un pié replegado contra el vientre.

Blazius, se pasaba la lengua por los labios, y levantaba una despues de otra las botellas con el caritativo intento de procurar asilo en su estómago á las huérfanas gotas de licor que en el fondo de las mismas habian quedado.

El jóven Baron habia llamado aparte á Pedro para informarse de si habria medio de obtener en la aldea algunas docenas de huevos para hacer desayunar á los cómicos, ó algunos pollos á quienes retorcer el pescuezo, y el anciano criado se habia eclipsado para cumplir lo más rápidamente el encargo, por haber la compañía manifestado el intento de ponerse temprano en camino á fin de hacer una larga etapa y no llegar demasiado tarde á la posada donde debian pasar la próxima noche.

—Temo que vayais á tener un mal desayuno,—dijo Sigognac á sus huéspedes,—y será preciso que os contenteis con una comida pitagórica; pero vale más mal almuerzo que buen ayuno, sobre todo cuando en seis leguas á la redonda

no se encuentra figon ni taberna por un ojo de la cara. El estado de este castillo os dice bien claramente que yo no soy rico, pero como mi pobreza no reconoce otro origen que los gastos que hicieron mis antepasados guerreando en defensa de nuestros reyes, no tengo de que avergonzarme.

—Ciertamente que no, señor,—contestó Herodes con su voz de bajo profundo,—y tal hay que hace gala de sus riquezas, que se veria apurado si tuviese que sacar á luz su abo-lengo. Cuando el arrendatario se viste con telas de oro, la nobleza lleva agujereada la capa, pero por entre los agujeros de esta se descubre el honor.

—Lo que me admira,—añadió Blazius,—es que un hidalgo tan cumplido como parece ser el caballero deje de esta suerte consumir su juventud en el fondo de una soledad donde la fortuna, por grandes que fuesen los deseos que de ello tuviese, no puede venir á buscarle; si por casualidad pasase la caprichosa deidad por delante de este castillo, cuya arquitectura podia ofrecer buen golpe de vista doscientos años atrás, proseguiria su camino, creyéndolo inhabitado. Seria preciso que el señor Baron fuese á Paris, ojo y ombligo del mundo, punto de cita de las gentes de buen tono y de los valientes, Eldorado y Canaan de los españoles franceses y de los hebreos cristianos, tierra bendita iluminada por los rayos del sol de la corte. Allá, no le faltaria ocasion de distinguirse segun sus méritos, y prosperar, sea á la sombra de un magnate, sea llevando á cabo algun hecho brillante, cuya ocasion no podria ménos de presentársele.

Estas palabras del buen hombre, á pesar del baturrillo y las frases burlescas, reminiscencias involuntarias de sus papeles de Pedante, no estaban destituidas de fundamento. Sigognac conocia la razon de ellas, y allá en sus paseos solitarios á través de las landas, se habia dicho á menudo en voz baja lo que Blazius le decia en alta voz.

Mas para emprender tan largo viaje no sólo carecia de di-

nero, sí que también ignoraba cómo procurárselo. Aunque valiente, era orgulloso, y temía más á una sonrisa que á una estocada. Sin embargo de que no estaba muy al corriente de las modas, sentíase ridículo en su estropeada vestimenta ya vieja durante el anterior reinado; y conforme las costumbres de las gentes amilanadas por la penuria, no cuidaba para nada de su herencia y veía su situación sólo por el lado malo.

Quizás cultivando su amistad, hubiera podido encontrar ayuda en algunos antiguos amigos de su padre, pero esfuerzo era este superior á su naturaleza, y antes hubiera muerto sentado sobre su baul, mascando, á semejanza de un hidalgo español, un mondadientes, al lado de su escudo de armas, que pedir cantidad alguna prestada. Era Sigognac de esos hombres que, delante de una espléndida cena á que se les invita, fingien haber comido, temerosos de que se les sospeche hambrientos.

—Muchas veces he pensado en lo que me decís,—respondió el Barón;—pero en París no tengo amigos, y los descendientes de los que han podido conocer á mi familia cuando se hallaba en su esplendor y llenaba empleos en la corte, no harán caso de un Sigognac pálido y seco, llegado con el pico abierto y las uñas afiladas de lo alto de su arruinada torre para tomar su parte de la presa común. Y luego, ¿porqué no decirlo? no tengo criados, y no sabría presentarme sino con un tren digno de mi nombre. Además ¿sé acaso si reuniendo todos mis recursos y los de Pedro me bastarian para llegar hasta París?

—Pero vos no estais obligado,—replicó Blazius,—á entrar en la gran ciudad, como un César romano montado triunfalmente en un carro arrastrado por caballos blancos. Si nuestra humilde carreta tirada por bueyes no subleva el orgullo de vuestra merced, venios con nosotros á París, puesto que nuestra compañía alla se dirige. Tal brilla hoy que hizo su entrada pedestremente, con su lio al extremo de su tizona y llevando en la mano los zapatos por temor de gastar la suela.

Ligero carmin coloreó los pómulos de Sigognac, mitad de vergüenza, mitad de placer. Si, de una parte, el orgullo de raza se sublevaba en él á la idea de quedar agradecido á un pobre saltimbanquis, por otra se habian conmovido las fibras de su bondadoso corazón á un ofrecimiento hecho con tanta franqueza y que tan acorde estaba con su secreto deseo. Temía, por otro lado, al rehusar la oferta de Blazius, herir el amor propio del cómico, y quizás desperdiciar una ocasión que tal vez no volveria á presentársele. Sin duda la idea de ver á un descendiente de los Sigognac confundido en el carro de Tespis con histriones nómadas, tenia en sí algo de chocante que debía hacer relinchar los unicornios y enrojecer los leones lampasados de los gules del libro de los blasones; pero, despues de todo, ¡había el jóven Barón sostenido tantas luchas consigo mismo detrás de los feudales muros de su castillo!

El buen Sigognac fluctuaba, indeciso entre el sí y el nó, y pesaba estos dos monosílabos decisivos en la balanza de su reflexion, cuando Isabel, interponiéndose entre él y Blazius, dijo esta frase que puso fin y remate á las incertidumbres del jóven:

—Nuestro poeta, á quien ha tocado en suerte una herencia, nos ha abandonado; el señor Barón podria reemplazarle, pues he encontrado, sin querer, al abrir un Ronsard que habia encima de la mesa, al lado de la cama, un soneto lleno de enmiendas y raspaduras, que debe ser de su composicion; él arreglará nuestros papeles, hará los cortes y las supresiones necesarias, y, en caso de apuro, escribirá una pieza sobre el plan que se le dará. Yo tengo precisamente un borrador italiano en el que se encontraria un bonito papel para mí, si hubiese quien quisiese arreglarlo.

Al decir esto, Isabel lanzó al Barón una mirada tan dulce, tan penetrante, que Sigognac no pudo resistir á ella.

La llegada de Pedro, trayendo una descomunal tortilla con manteca y un cuarto de jamón bastante voluminoso, interrumpió la conversacion.

Tomó la compañía sitio alrededor de la mesa y se puso á comer con buen apetito. Sigognac probó por puro cumplimiento los manjares colocados delante de él, pues su sobriedad habitual no era capaz de comidas tan cercanas una de otra, y, por otra parte, tenía por muchos conceptos preocupada la imaginación.

Terminado el almuerzo, mientras el boyero pasaba las correas al rededor de los cuernos de los bueyes, Isabel y Serafina tuvieron el capricho de bajar al jardín, que se veía desde el patio.

—Temo,—dijo Sigognac, ofreciéndoles la mano para bajar los mal seguros y musgosos escalones,—que dejéis algunos girones de vuestros vestidos entre las garras de las zarzas, pues si se dice que no hay rosas sin espinas, hay, en revancha, espinas sin rosa.

Dijo el jóven Baron estas palabras con ese tono de melancólica ironía que le era peculiar cuando hacía alusión á su pobreza; pero como si el jardín despreciado hubiese vuelto por la negra honrilla, dos pequeñas rosas silvestres, abriendo á medias sus hojas al rededor de sus amarillos pétalos, brillaron súbitamente sobre una rama transversal que cerraba el paso á las jóvenes. Cojiólas Sigognac y las ofreció galantemente á Isabel y á Serafina, diciendo:

—No creí que mi jardín fuese tan florido; no brotan en él sino yerbas dañinas, y si se quiere hacer un ramo no puede este ser más que de ortigas y de cicuta; vosotras sois quien habeis hecho abrir el cáliz á esas dos florecitas; vosotras, que para ellas habeis sido como una sonrisa sobre la desolacion, como un fuego poético en medio de las ruinas.

Isabel se puso coquetamente la englantina en su corpiño, lanzando al jóven una profunda mirada de agradecimiento, mirada en la que se veía impreso el precio que daba á aquel pobre obsequio. Serafina, como para hacer luchar la pálida rosa con el carmin de sus labios, tenía la flor en su boca y mascujaba su tallo.



NO CREÍ QUE MI JARDIN FUESE TAN FLORIDO.